

NOTA SOBRE LA CORRESPONDENCIA INEDITA DEL EMIR ABDELKADER DE ARGELIA CON ESPAÑA, EN VISPERAS DE SU RENDICION (1847)

Mikel de Epalza

El emir Abdelkáder no ha merecido mucho interés por parte de la bibliografía española (1). Hay testimonios de españoles contemporáneos, generalmente militares, que le visitaron en su pequeña capital, al suroeste de Argelia (2). Algún testigo francés de su aventura política vio su obra traducida al castellano, cuando todavía Abdelkáder mantenía y organizaba su pequeño estado argelino (3). Algunos autores más recientes, del siglo pasado y de éste, han resumido el conjunto de las actuaciones españolas, gubernamentales o de personas privadas, en favor o en contra del emir (4), pero no han utilizado la documentación que vamos a presentar aquí. Finalmente, hay que mencionar que el personaje

(1) Ver ensayo de bibliografía española sobre la Argelia moderna y contemporánea de M. de EPALZA, «Quelques archives espagnoles concernant l'histoire du Maghreb (XVIII^e-XIX^e siècles)», *Actes du Premier Congrès d'Histoire et de la Civilisation du Maghreb* (Túnez, noviembre, 1974), t. II, Túnez, 1979, 331-341 (en francés), 115-119 (en árabe).

(2) Crispín XIMENEZ DE SANDOVAL y Antonio MADERA VIVERO, *Memorias sobre la Argelia*, Madrid, 1853; documentación inédita conservada en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, Sección Estado, legajo 8.357 (de Pedro Burriel, Francisco Villón y Francisco Coello) o el manuscrito de «Memorias españolas de los que vieron la guerra de Abd el Qáder», conservado en el Servicio Geográfico del Ejército de Madrid, sección Cartoteca Histórica.

(3) Auguste de FRANCE (traducción Ramón de CASTAÑEDA), *Los prisioneros de Abd-el-Kader o cinco meses de cautiverio entre los árabes*, dos volúmenes, Madrid, 1838-1839.

argelino ha merecido entrar en varias colecciones populares de novelas de aventuras, reflejo del impacto que produjo en Europa su actuación en Siria en favor de los cristianos amenazados por una insurrección de los drusos, en 1860. El único homenaje que se le ha tributado casualmente en España fue en 1977, en el discurso final del Obispo de Orán (ahora de Argel) Henry Teissier, en el II Congreso Islamo-Cristiano de Córdoba, glosando los textos de devoción al Profeta del diario de este singular personaje argelino del siglo XIX (5).

Por eso, puede presentar algún interés el dar a conocer una documentación nueva sobre las relaciones del Emir Abdelkáder con las autoridades españolas, en un momento crítico de su vida: cuando está a punto de fracasar en su lucha contra los franceses y se va a entregar a sus enemigos, después de una constante lucha por mantener algo de la soberanía argelina, con una inteligencia y dignidad que le reconoce, entre otros, el Presidente del Consejo de Ministros español, en esta correspondencia (6).

La vida del Emir Abdelkáder es conocida por una abundante bibliografía (7). Nacido hacia 1808, asume la cabeza de la resistencia argelina frente a la invasión francesa, después de la ocupación de Argel

(4) Francisco ZAVALA, *La Bandera española en Argelia. Anales históricos de la dominación española en Argelia desde 1500 hasta 1791*, Argel, 1885-1886, t. II, p. 106; Philippe de COSSE BRISSAC, «Les rapports de la France et du Maroc pendant la conquête de l'Algérie (1830-1847)», *Hespéris*, Rabat, XIII, 1931, pp. 35-115, 133-225; Juan Bautista VILLAR, *Emigración española a Argelia (1830-1900). Colonización hispánica de la Argelia francesa*, Madrid, 1975, pp. 143-146, donde hace un enjundioso resumen sobre «España y los españoles ante el levantamiento de Abd el Kader».

(5) Henry Teissier es especialista de la correspondencia del Emir, ya prisionero en Francia, con intelectuales, eclesiásticos y personalidades francesas, sobre todo de temas religiosos. Esta abertura intelectual, junto a su profunda piedad y su pasado heroico, contribuyó mucho a la fama positiva de que gozó el Emir en Europa, que culminaría con su actuación en Damasco en 1860.

(6) Son un conjunto de 23 documentos, conservados en la Sección de Estado, legajo 5802, del Archivo Histórico Nacional de Madrid. Debo su conocimiento al Dr. Mariano Arribas Palau, profesor de la Universidad Complutense de Madrid y reconocido investigador de historia hispano-marroquí. Con el profesor Yahya Bouaziz, Jefe del Departamento de Historia de la Universidad de Orán y especialista de este período de la historia argelina, tenemos en prensa un estudio en árabe sobre esta documentación, dentro del conjunto de la política exterior del Emir Abdelkáder.

(7) Ya a principios de este siglo los títulos pasaban del millar. Actualmente en Argelia se ha publicado, entre otros, el estudio de M.A. BENACHENHOU, *L'Etat algérien en 1830, ses institutions sous l'Emir Abd-el-Kader*, Argel, s.a. (1969), y la traducción francesa del viejo clásico inglés de 1867 C.H. CHURCHILL, *La vie d'Abdelkader*, Argel, 1971. Más novedosas son las publicaciones de A. TEMINI, «L'Emir Andelkader à Damas (1855-1860)», *Revue d'Histoire Maghrébine*, Túnez, 15-16, 1979, 107-115, y «Lettres inédites de l'Emir Abdelkader», *Ibid.*, 10-11, 1978, 158-20 + , 12, 1978, 308-343.

en 1830 y el fracaso de la resistencia del bey de Constantina Hach Ahmad Bey, en 1837, a pesar del apoyo que turcos y tunecinos le dieron contra los franceses (8). En el Oeste y Centro de Argelia y con cierto apoyo político y de armas de Marruecos, el Emir Abdelkáder logró fundar un estado, siempre en peligro, una especie de «protectorado mudéjar» semejante a los que hiciera seiscientos años antes Jaime I de Aragón, en sus conquistas levantinas, mientras asentaba su poder en las tierras nuevamente conquistadas (Menorca (9), Al-Azraq (10), Crevillente (11), región murciana (12)). El Emir pretendía mantener la soberanía argelina por todos los medios posibles, especialmente por los más cargados de significación política: organización de los impuestos (13), relaciones internacionales (14) y acuñación de moneda (15). Cuando los franceses se sienten más fuertes, política y militarmente, en Argelia, van acosando al Emir y limitando sus atribuciones, reconocidas en diversas treguas y tratados. Finalmente, el Emir tiene que refugiarse en Marruecos, donde las presiones francesas obtienen su aislamiento casi total. Es en ese momento cuando se planta en las inmediaciones de Melilla con sus últimos efectivos, prepara el establecimiento de un terreno neutro cerca de la costa, para comerciar con los europeos, e inicia gestiones con el gobierno español para obtener unas condiciones honorables con los franceses. Estas tractaciones se inician en primavera de 1847 y durarán hasta septiembre. En diciembre, el Emir se ve abocado a

(8) Ver A. TEMINI, *Le Beylik de Constantine et hadj Ahmed Bey (1830-1837)*, Túnez, 1978.

(9) Ver los últimos estudios de G. ROSSELLO BORDOY, «Menorca musulmana», en M.L. SERRA BELABRE y otros, *Historia de Menorca*, t. I: *De los orígenes al final de la Edad Media*, Mahón, 1977, 126-165; E. MOLINA LOPEZ, *El «Kitáb lubâb al-añbâb»*, una nueva fuente para la historia del Occidente musulmán: el gobierno independiente de Menorca y sus relaciones con Al-Andaluz e Ifríqiya, Mahón (en prensa).

(10) Ver F. de P. MOMBLANCH GONZÁLEZ, *Al-Azraq, Capitán de Moros*, Alicante, 1977, y otros documentos publicados por este autor, R. Banyó i Arminyana y otros.

(11) Ver P. GUICHARD (trad. S. DOMENECH LLORENS), *Un señor musulmán en la España cristiana: el «ra'ís» de Crevillente*, Alicante, 1976. Texto francés en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, París, IX, 1973, 283-334, y *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, Valencia, 58, 1973.

(12) Mariano GASPÁR Y REMIRO, *Historia de la Murcia musulmana*, Zaragoza, 1905, Murcia, 1980; Pierre GUICHARD y Emilio MOLINA, *Murcia musulmana*, Murcia, 1981; E. MOLINA, «El Levante y Almería en el marco de la política interior del emir murciano Ibd Hûd Al-Mutawakkil (1236-1238)», *Awraq*, Madrid, 2, 1979, 55-65.

(13) Ver los informes de E. Daumas sobre la buena administración fiscal del Emir, sin apartarse de las normas islámicas en la materia, en G. YVER, *Correspondance du capitaine Daumas, consul à Mascara, 1837-1839*, Argel, 1912.

(14) Estudio específico del profesor Yahya Boauziz, en el libro mencionado en nota 6.

(15) Ver Mounir BOUCHENAKI, *La monnaie de l'Emir Abd-El-Kader*, Argel, 1976.

entregarse a los franceses y firma su tercer tratado, que tampoco cumplirán los franceses. En vez de dejarle exilarse a un país musulmán y árabe, Siria o Egipto, le hacen prisionero en Pau y luego Amboise. Sólo a la subida al trono de Napoleón III en 1852 se le autorizará una residencia muy controlada en el Imperio Otomano: Brusa (Anatolia) en 1852 y Damasco (Siria) a partir de 1855. Allí morirá en 1883, después de haber gozado de una inmensa popularidad internacional, entre los musulmanes como héroe nacionalista que defendió a su patria hasta 1847, y entre los europeos por su carácter caballeroso, especialmente en su protección de los cristianos de Damasco, en 1860.

La documentación que aquí presentamos se inicia con una misiva del Emir a la Reina Isabel II, fechada el 12 de Chumada al-ùlà de 1263 (28 de Abril de 1847), de la que tenemos tres versiones: original árabe con su traducción castellana y texto francés, también firmada por el Emir (16). Transcribimos la traducción castellana, realizada en la corte de España, porque esta carta indica claramente el inicio y el plan del Emir en su gestión.

«Del rey de los musulimes Abd-el-cáder hijo de Muhiyo-d-dín (déle Dios su amparo y su ayuda!) a la Magestad de la Reina de España, señora de los dominios españoles. Salud y prosperidad a los que siguen el camino de la verdad como también la misericordia de Dios y su bendición.

Los españoles, como es público y notorio, son una nación fuerte y poderosa, renombrada por sus hazañas y altos hechos desde los tiempos más antiguos; y como quiera que por la posición que ocupan, no pueden menos de haber observado nuestra lucha con los franceses y el estado al que nos tienen reducidos, creemos excusado el referir a V.M. los pormenores de la contienda y lo que de algunos años a esta parte ha pasado entre ellos y nosotros; pues estaréis, no lo dudamos, tan bien informada como nosotros mismos.

Lo que sí diremos es que siempre hemos deseado y aún deseamos que el gobierno de V.M. se digne interponer su poderoso influjo para entablar relaciones de paz entre nosotros y los franceses; y si por este medio se consiguiera poner fin a la guerra, estamos seguros de que los franceses se lo agradecerían tanto como nosotros mismos.

Era costumbre de los reyes de la antigüedad el ajustar las diferencias que existían entre sus hermanos o impedir que se hiciesen la guerra; así pues, si imitando tan bello ejemplo, lográis asentar entre nosotros y los franceses una paz firme y duradera y hacéis de manera que volvamos a

(16) Archivo Histórico Nacional, Sección Estado, legajo 5802.

nuestro antiguo reyno, os prometemos y juramos que nunca nos hallaréis ingratos a tamaños beneficios, y que podréis hacer de nosotros lo que queráis.

Deseamos ardientemente que contestéis a esta nuestra carta y que al propio tiempo enviéis vuestras órdenes al coronel gobernador de Melilla para que siempre que alguno de los nuestros se presentare en dicha fortaleza con cartas o para tratar de este negocio, se le permita entrar dentro. Salud. Fecha a 12 de la luna de Giumada 1^a (que corresponde al mes de Abril de 1847)» (17).

Esta documentación es entregada al Gobernador de la Plaza de Melilla, Demetrio María de Benito, y llega por medio del Capitán General en funciones de Granada, Barón del Solar de Espinoza, al Ministro de la Guerra, Manuel de Mazarredo, que la transmite al Ministro de Estado (Asuntos Exteriores) y también Presidente del Consejo de Ministros, Joaquín Francisco Pacheco. Benito había explicado las circunstancias en que había creído necesario recibir y transmitir el mensaje de Abdelkader. Al mismo tiempo que pide instrucciones, presenta sus reticencias y prejuicios frente al Emir y a todos los magrebíes en general. Extraemos de esta correspondencia algunos párrafos significativos:

«Paréceme que obrando así (...) se hace un obsequio a la Francia nuestra aliada, admitiendo sin riesgo de nuestra parte las proposiciones del Emir Abd-El-Kader, acerca de las que ambos gobiernos deliberarán como lo requieran sus recíprocos intereses.

(...) en el asunto en cuestión, del cual podrá acaso resultar la completa tranquilidad de la Argelia, o cuando menos conseguirse que temporalmente el Emir, enemigo terrible de los franceses, se vea paralizado sin emprender operaciones de consecuencia contra las posesiones francesas.

(17) El texto en francés es más breve y supone un estilo mucho más familiar y menos político. Respetamos la ortografía en la transcripción. Tiene el sello del Emir y parece escrita de su puño y letra.

«Madame Sa Majesté la Reine Despagne.

J'ai l'honneur de vous souhaiter le bonjour. De par la même occatiom m'informer de l'état de votre santé. Tan qu'à moi je me porte bien pour le moment. Je désir que la présente vous trouve de même. Je vous prend aujourd'hui pour ma protectice car je nignore pas le bon cœur des Européin.

Je vous prie ma bonne Reine de ne rien épargnez pour moi auprès du Gouvernement français. Le temps passé nous nous fession la geure et aujourd'hui j'en voi le résultat. Soyez persuadet que les démarches que vous ferez pour moi ne seront pas oubliez de ma part. Mes kaliffa se joignent à moi et vous souhaite le bonjour.

Je fini en attendant votre réponce et suis pour la vie votre ami. Le Sultant Saidi L'hage Abdel-Kader».

De la sinceridad de este cándido árabe no me atreveré yo a responder ni lo hará ninguno que conozca el carácter africano; pero entiendo que siempre es glorioso para el pabellón español que se busque su apoyo e influencia para obtener un resultado tan plausible como el de contribuir a que desaparezcan o al menos que se suspendan los efectos de la encarnizada lucha de la filantropía con el fanatismo y la ignorancia y de adyuvuar a los progresos de la civilización en esta parte del mundo» (18).

El punto de vista del Gobernador de Melilla, muy de su tiempo y funciones, no iba a ser enteramente el mismo que el del Presidente del Consejo de Ministros, tal y como aparece en una carta del 6 de junio a Narváez, entonces Embajador de España en París. Después de informarle de la gestión del Emir Abdelkáder y remitirle copia de su mensaje en francés y de la traducción de su carta en árabe, le expone en qué contexto político contempla la negociación con el político argelino.

«Debo declarar a V. francamente que su contenido y su objeto me parecen muy interesantes, y estoy seguro de que a V. también lo parecerán. No es del caso, para justificar esta creencia, ocuparnos ahora de las miras que debemos tener sobre las regiones del Africa, sobre la Argelia, sobre Marruecos, sobre toda esa costa del Mediterráneo, fronteriza de nuestros costas. V. que es tan buen español, participará de mis opiniones en este punto. Yo me propongo, si Dios y los acontecimientos me dan vida ministerial, y si salimos con felicidad y honra de la cuestión portuguesa, volver mi principal atención al Africa, y fundar allí la política española. Mas entre tanto, esta *ouverture* por parte de Abdel Kader no me parece que se puede descuidar un instante solo. Ese caudillo es un hombre de gran mérito, que con dieciséis años de combate ha sabido crear una potencia no bien circunscrita, pero que a veces ha hecho tambalear la Argelia, y que tal vez pueda devorar a Marruecos en la próxima coyuntura. He creído pues que ofreciéndosenos de su parte relaciones, las debíamos aceptar y cultivar. He creído que era necesario contestarle, y hacer algo con que poderle alguna vez llevarle en nuestra órbita. ¿Quién sabe si en alguna ocasión nos acomodaría auxiliar sus proyectos sobre el imperio marroquí? ¿Quién sabe si en alguna otra nos importaría lanzarle sobre la Argelia? Y ¿quién no ve que, en todas, es convenientísimo que, pues ha de buscar apoyo en los gobiernos europeos, nos prefiera a nosotros, y no lo busquen exclusivamente en los ingleses?

Fundado en tales razones, he escrito a Abd-el-Kader la contestación

(18) Documento del 29 de abril, incluido en carta de Mazarredo a Pacheco, del 7 de mayo.

de que también acompañe a V. copia. He procurado dar a ese papel un giro solemne y oriental, propio del país a donde va dirigido (...).

Vamos ahora a su parte de V. No sólo he creído conveniente instruirle de esta ocurrencia importante para que la sepa, sino para que concorra con prudencia y con destreza a nuestra obra. Abd-el-Kader no es un rey reconocido por nosotros (la Francia, sí, ha tratado con él, y le ha llamado sultán); y por consiguiente no podemos instaurar oficialmente una medicación. Pero es un soberano de hecho, es jefe real de tribus numerosas, como tal nos pide que meditemos, y no debemos ni podemos desentendernos de dar pasos en este sentido. Su prudencia y su tacto de V. le indicarán cómo debe hablar de este asunto con Mr. Guizot (19). Puede V. decirle que la España tiene un interés de humanidad en que cese esa guerra, y que invocada por el sultán árabe no vacilará en dar oficiosamente cualesquiera pasos para contribuir a que se termine (...).

Veanos V. pues, amigo mío, metidos en una negociación singular; pero de la que, o yo me engaño mucho, o pueden resultar, bien seguida, largos beneficios para nuestra patria» (20).

Es evidente que Pacheco se hacía ilusiones sobre la situación real en aquel momento del Emir y sobre su porvenir político en el Mágreb. Las instrucciones —«muy secreto»— que acompañaban a su contestación al Emir, muestran la prudencia de la política española, que sólo podía contar con Francia para salir del aislamiento diplomático consecuencia de las guerras civiles y del problema dinástico del matrimonio de la reina y la infanta.

«(...) es la voluntad de S.M. (...) lo oportuno que será mantener y aumentar todas las relaciones posibles con aquel Emir, recibiendo a sus enviados cuando se presenten delante de la plaza, si bien cuidando siempre de no comprometer la seguridad de esta misma (...) entender cuánto nos interesa ganar en un todo la amistad de las tribus árabes que Abd-el-Kader acudilla, y que será bien hecho, y merecerá el agrado de S.M. todo lo que se encamine a este fin, con tal de que no se falte a lo que como vecinos y aliados tiene la Francia derecho a esperar y exigir de nosotros (...)» (21).

El tono de la carta de Pacheco al Emir no tiene desperdicio, al menos en el borrador que conservamos y que sabemos fue traducida al francés.

«El Presidente del Consejo de Ministros de la Reina de España (que

(19) Ministro de Asuntos Exteriores francés.

(20) Carta de Pacheco a Narváez, del 6 de junio.

(21) Carta de Pacheco a Mazarredo, del 7 de junio.

Dios guarde) a Abd-el-Kader, hijo de Mohiyo-d-dín (déle Dios su amparo y su ayuda), salud y prosperidad.

He puesto en manos de S.M. la Reina las dos cartas que me habéis remitido para Ella, escrita una en árabe y otra en francés, el 12 de la luna de Giumada primera, en las que le pedís que interponga su mediación con el Rey de los franceses para que se os conceda una paz firme y honrosa. Este mismo es el deseo de S.M., quien deplora sinceramente la lucha que ensangrienta esas regiones, y anhela por el instante en que árabes y franceses se miren como hermanos.

S.M. la Reina me manda deciros que ha dado orden a su Embajador en París para que se interese con el Rey de los franceses, a fin de conseguir vuestro deseo. Más también quiere S.M. que os diga que es necesario no pongáis obstáculo por vuestra parte para la realización de la paz. Vos sois un General valiente, que habéis ganado mucha gloria en los combates: confirmadla pues ahora, asegurando la tranquilidad del pueblo que dirigís. Los españoles, que son fuertes en la guerra, están en paz con los franceses: guardadla también vos, cuando la ajustéis, porque la paz honra a los que son poderosos.

S.M. la Reina manda igualmente al Gobernador de Melilla que reciba y oiga a vuestros enviados, siempre que queráis dirigir vuestras comunicaciones a su real trono. Su intención es hacer por vuestros árabes todo lo que debe hacerse entre buenos vecinos.

Os deseo salud y prosperidad» (22).

Es la última reacción de la que tengamos noticia por ahora, del gobierno español ante la petición de Abdelkáder. Este escribirá aún a la Reina de España tres misivas.

En la primera, del 16 de junio, escrita en árabe y en francés, acusa recibo, muy agradecido, de la respuesta precedente. Se declara dispuesto a poner todos los medios para obtener la paz de los franceses, dispuesto a pagar daños de guerra, con tal de que no haya nada que vaya contra la religión del Islam. Se inquieta y pide información sobre las presiones francesas ante el Emperador de Marruecos para que les expulse. Insta a la Reina para que haga todo lo posible en su favor y le informe de los resultados.

Dos semanas más tarde, el 30 de junio, vuelve a escribirle una larga carta, en árabe de la que sólo conservamos por ahora la traducción castellana. Repite los mismos temas de la carta anterior, con más solemnidad, y ofrece el enviar a un negociador suyo a España, para que firme

(22) Carta de Pacheco al Emir, del 6 de junio.

cuantos tratados tenga a bien España avalar en las negociaciones o mediaciones con los franceses.

Durante los meses de julio y agosto, se mantiene una correspondencia seguida entre el Emir y Benito, el Gobernador de Melilla. Gira alrededor de compras de municiones y pertrechos. Intenta forzar la amistad española, entrevistándose directamente con el Gobernador, en un alarde cuyos detalles nos vienen descritos por un diario de las negociaciones, entre los días 12 al 18 de julio. Las informaciones que el Gobernador transmite a Madrid es que el Emir está esperando impacientemente resultados de la mediación española.

Una última carta, escrita en árabe y en francés, ya del mes de septiembre, apremia a la Reina para que le conteste y pide pólvora para sus soldados. El texto francés, más breve que el árabe, termina con una frase final: «*Je fini et suis pour la vie votre ami. Le sultan Abd-el-Kader*».

También con esta misiva termina esta serie de documentos, sobre una mediación que no llegó a concretarse. Tres meses después, el Emir argelino pactaba su entrega, directamente con los franceses.